



**Para que Dios
sea
ENMANUEL**

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

... MEDIO DEL CUAL SE VA HACIENDO A
... DE LOS RELIGIOSOS Y A
... DE DIOS EN LOS SEMINARIOS Y MONASTERIOS.

Para que Dios sea ENMANUEL

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

*DEDICO CON CARIÑO ESTAS PAGINAS A
LAS RELIGIOSAS, A LOS RELIGIOSOS Y A
QUIENES ESTAN BUSCANDO EL ROSTRO DE
DIOS EN LOS SEMINARIOS Y NOVICIADOS.*

MOTIVOS LIBALES SUBYACENTES

Talca, 25 de Marzo de 1988

La escrupulosa y honesta aplicación de la ley es siempre el lema sagrado para que "Dios sea con nosotros". Los mandatos y exigencias de todos los tiempos. Sin embargo, sabemos que Dios está con nosotros, no por las abundantes, sino por las formas de presencia de Dios en nosotros hoy. Seguirnos fielmente con la promesa de Jesús: "Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos" (Mt. 28, 20). "Mientras que nosotros que desobedimos y no le damos los días de la semana de la semana"

Si una vez más se repite y se repite por las personas que han de que cumplir y cumplir con Dios para ser un ser humano que nos proporcione bienestar en estos días de la vida de Dios.

Dios trata un ser humano y fundamental para que Dios sea "sermón", "comunicación", "Dios con nosotros", la disponibilidad de nosotros y nosotros para nosotros a entregar al Señor y Dios en su Iglesia.

Como el Cuervo Vaticano II, "Dios y Dios".

Estas reflexiones están basadas principalmente en un artículo "Discernimiento de la vocación y experiencia fundacional", escrito por el P. Libanio, S. J.

Estas reflexiones están basadas principalmente en un artículo "Discernimiento de la vocación y experiencia fundacional", escrito por el P. Libanio, S. J.

MOTIVACIONES SUBYACENTES

La antigua y lacerante aspiración de la Iglesia de siempre es la urgencia para que "Dios esté con nosotros", los hombres y mujeres de todos los tiempos. Sin embargo, sabemos que Dios está con nosotros; no nos ha abandonado. Son muchas las formas de presencia de Dios en nuestro hoy. Seguimos contando con la promesa de Jesús: "Yo estoy con Uds. todos los días hasta el fin del mundo" (Mt. 28, 20). ¿No será que tenemos que despertar y abrir bien los ojos para darnos cuenta de su presencia?

Sé que son muchas las situaciones y muy complejas las relaciones que habría que analizar y compatibilizar para ensayar un camino que nos permitiera acercarnos en mejor forma al Reino de Dios.

Deseo tratar un tema decisivo y fundamental para que Dios sea, realmente, Emmanuel: "Dios con nosotros"; la disponibilidad de hombres y mujeres para consagrarse o entregar su vida a Dios en su Iglesia.

Desde el Concilio Vaticano II, Medellín y Puebla, la Iglesia se ha esforzado, en acercar nuestra fe a "los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo"; sin embargo, aunque se percibe un repunte en los últimos años, todavía se ve insuficiente la respuesta de nuestra Iglesia latinoamericana para consagrarle hijos al Dios de la vida.

Aunque de manera distinta, algunos señalan dos

hechos decisivos en la manera como la Iglesia debiera enfrentar el caminar de la hora presente.

Uno es el acercamiento al Tercer Milenio y otro, la próxima celebración de los llamados 500 años de evangelización hispana en A. Latina.

El primero nos coloca frente a un desafío del porvenir; el segundo nos lleva a un compromiso y herencia del pasado. Ambos acontecimientos deben dirigirnos a una profunda reflexión teológica pastoral. Son "puntos luminosos" para discernir en el Espíritu los signos del presente. Personalmente, pienso que la modernidad del siglo nuevo que se avecina, es un riesgo todavía no resuelto, entre otras cosas, porque, aunque son muchas las gracias que hay que dar y seguir dando, parte de esa herencia no nos ha permitido asumir en plenitud nuestro entorno e historia americanos. No entraré ahora en tema tan complejo, y sólo quiero señalar cómo en esa complejidad, se enraízan y se motivan las reflexiones que entrego en torno al discernimiento de la vida consagrada ya que ella es la piedra angular que algunos arquitectos del mundo de hoy desechan.

Hay otras motivaciones que, estando insertas y cruzadas por las dos anteriores quisiera esbozar separadamente.

Se ha hecho un lugar común el decir que la familia está en crisis en los tiempos modernos. Es un hecho generalizado y evidente en la sociedad contemporánea.

La familia es el espacio humano natural donde el hombre inter-realiza por la práctica cotidiana valores tan esenciales como la solidaridad, la fidelidad, la generosidad, la tolerancia,

etc. . . . Es en la familia donde se aprende y comprende la unidad diversa ya que está formada por personas muy distintas por sexo, edad, habilidades, gustos que tienen que compartir y convivir. Es una experiencia educativa irremplazable para la sociedad y para la Iglesia. En la familia, el hombre adquiere cultura y se hace solidario de historias y lugares. En la familia, el hombre aprende a unirse para hacerse distinto. De igual manera, en la vida familiar, se puede experimentar el amar y ser amado gratuitamente, experiencia indispensable para quien necesita centrar equilibradamente su afectividad. De esta Iglesia doméstica necesita nutrirse la Iglesia Universal pero, a su vez, para que esta Iglesia doméstica sea generadora, no sólo de vida humana sino también de vida divina, necesita que en la Iglesia haya hombres que se consagren para ser testimonios o sacramentos del Dios de toda vida.

Así como preocupa y motiva la situación de la familia, también preocupa la historia que nos ha tocado vivir en nuestros pueblos latinoamericanos. La convulsionada historia de nuestros pueblos ha llevado a que alguien llamara a América "el continente de las revoluciones".

Este nombre perfila ribetes heroicos, pero también trágicos del andar del hombre de América en su búsqueda de libertad y de justicia.

Pero, los violentos vaivenes políticos que sacuden a Latinoamérica no son sino expresión del "sordo clamor" que brota de la enorme cantidad de hombres que viven en inhumanas condiciones de hambre y desprotección. La Iglesia latinoamericana ha tomado las preocupaciones del Vaticano II iniciando caminos que la lleven a un leal acompañamiento evangélico

zador de los marginados de esta parte sur del mundo. Evangelizarlos y estar dispuesto también a ser evangelizados por ellos. Aquí hay una fuente de inquietudes y caminos por recorrer en el permanente trabajo de construir y vivir nuestra Iglesia.

Para que el tema de la pobreza y la opción preferencial por los pobres y marginados esté en el verdadero cauce del Vaticano II, hay que colocar "el misterio de Cristo en el corazón del problema" ya que, como lo expresó el Cardenal Lercaro "El misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, y sobre todo hoy, el misterio de Cristo en los pobres . . ."

Estas son algunas de las motivaciones que están en la base de estas reflexiones que trataré sobre la vida consagrada. Son motivaciones que están en la línea de lo expresado, casi al final de su vida, por el Papa Juan XXIII y que tienen una tremenda actualidad: "Hoy más que nunca, ciertamente más que en los siglos pasados, estamos llamados a servir al hombre en cuanto tal y no sólo a los católicos; en relación a los derechos de la persona humana y no solamente a los de la Iglesia Católica. Las circunstancias presentes, las exigencias de los últimos cincuenta años, la profundización doctrinal nos han conducido a realidades nuevas, como dije en el Discurso de apertura del Concilio. No es el Evangelio el que cambia: somos nosotros los que comenzamos a comprenderlo mejor. Quien ha vivido largamente y se ha encontrado al inicio de este siglo frente a las nuevas tareas de una actividad social que abarca a todo el hombre, quien ha vivido, como en mi caso, veinte años en Oriente, ocho en Francia y ha podido confrontar culturas y tradiciones diversas, sabe que ha llegado el momento de reconocer los signos de los tiempos, de coger la oportunidad y mirar lejos".

A.— TENSIONES EN LA VOCACION SACERDOTAL O RELIGIOSA.

1. Algunas dudas vocacionales.

En el Seminario o en el noviciado, buscando llegar a la ordenación sacerdotal o a los votos perpetuos, o tal vez ya ordenado sacerdote o con profesión perpetua, se descubre que hay dificultades y dudas sobre la vocación al sacerdocio.

Aparecen tentaciones, miedos e inseguridades. Al principio no se veía tan complicado pero, progresivamente, se va descubriendo lo complejo que es vivir una vida sacerdotal o religiosa.

Las dudas principales suelen ser: **el miedo al fracaso.** Se quisiera ser religioso o sacerdote, pero hay temor a no responder bien al llamado. Si se supiera que la felicidad está en este camino no habría dudas; pero el miedo al fracaso es paralizante y no se ve como superarlo.

La pérdida del gusto o sensibilidad en la oración: Hubo un tiempo en que se sentía a Dios y la oración era un tiempo hermoso; pero ahora ir a rezar no significa nada o casi nada. Aburre y cansa ir a Misa; todo es repetitivo e igual. No se perciben progresos y vivir en la oscuridad de una oración seca se transforma en un martirio. Los sacerdotes y los libros hablan de una purificación que es necesaria y enseñan que la persona, al igual que la parra, debe ser

podada para dar mejores frutos. Tal vez tiene razón, pero hay cansancio, y el trabajo y la oración parecen ser algo estéril. Se sabe que "orar es perder el tiempo por Dios"; pero hay tanto que hacer y el tiempo avanza, con tantos problemas que se hace muy difícil creer que Dios quiere esta pérdida de tiempo en algo que parece tan inútil.

Sentir que el laico es más útil que el sacerdote o que el hermano educador: Qué difícil es vivir en una vocación de valores invisibles en donde se le enseña que no se debe entrar en la política contingente y se le pide no formar una familia y no tener una mujer y unos hijos en quienes prolongarse. ¿Qué sentido tiene un sacerdocio para alabar a Dios cuando hay tantos hombres y mujeres que sufren la pobreza, la cesantía, la miseria? ¿No será mucho mejor ser un buen laico, formar una familia y entregar la vida enteramente al servicio del prójimo, como lo hace un laico normal?

El seminarista o novicio suele ser un niño regalón para quien siempre hay algo especial. La familia lo necesita: Los padres están envejeciendo y los hermanos van dejando la casa para formar nuevas familias. En la casa suele haber pobreza. La familia no lo dice, pero con frecuencia da la impresión que prefieren un hijo que ayude y no un hijo lejano que habla de pastoral y del Evangelio. No entienden el amor gratuito y cuesta mucho superar la tendencia a ser útil, eficiente y no un símbolo del Reino invisible de Dios, tan difícil de explicar y de ser entendido.

El sacerdote y los religiosos parecen tan ajenos a la realidad personal: No es fácil comunicarse con la gente y establecer relaciones con las personas. Hay timidez y no es fácil hablar en público. Que difícil es comunicar afecto y no siempre se hace inteligible una pastoral de la Iglesia que suele aparecer lejana a los verdaderos problemas, con un lenguaje en que sólo se insinúa lo que se quiere decir...

Las dificultades del celibato, de la pobreza y de la obediencia:

El sexo es una realidad y difícil de orientar; pero el eje más importante de una vida de celibato es la educación y orientación bien llevada de la vida afectiva. En algunas etapas parece ser una invitación imposible para ser vivida de verdad.

El sacerdote o religioso debe ser pobre; pero las personas quieren tener cosas, bienes, y dinero para alcanzar la seguridad que no se tiene. Se pide ser discípulo, con un corazón disponible como el de Jesús; pero se desea libertad e independencia. Por eso la obediencia y la docilidad constituyen un grave problema para muchos.

Estas son las principales dudas y la gran mayoría de quienes han recibido el sacerdocio, o están en la vida consagrada, han pasado por estas dudas. Son las vacilaciones y preguntas casi necesarias para llegar a una respuesta definitiva al llamado de Dios.

¿Por qué seguir en un camino tan difícil y con tantos tropiezos?. Dios es exigente y lo pide todo. Des-

concierta el rostro de Dios a veces tan lejano y otras tan cercano. La Biblia dice que todo hombre al llegar cerca de Dios debe cambiar y esto significa morir a uno mismo. Dios trae miedos y perplejidad. Es desconcertante y cuesta entender sus proyectos y sus caminos.

2. Más allá de las dudas

A medida que pasan los años y se va desarrollando la vida, también se crece en experiencia sobre las evoluciones que suceden en las personas consagradas a Dios.

El tiempo va indicando que la crisis de identidad entre la persona y la vocación aceptada se produce cuando la vocación no fue asumida en su totalidad, y no enraizada en quien recibió el carácter sacramental o en quien hizo votos perpetuos en su congregación.

Esta identidad entre la vocación y la persona presupone etapas y tiempos de maduración. Suele ser un proceso de años que nunca será fácil.

Se presupone haber descubierto la dignidad y la valoración de sí mismo, con sus cualidades y limitaciones. Significa aprender a valorarse con los dones recibidos de Dios y esta verdad tan elemental, suele quedarse en un nivel intelectual; sucede que no llega a los centros vitales y el corazón no asimila lo que la inteligencia indica.

Si no hay una persona con dignidad propia realmente asumida, no hay base real para un discernimiento vocacio-

nal. Si no se han abordado los traumas de una historia poco feliz, será muy difícil entrar en las grandes opciones de la vida. Muchos complejos de inferioridad nacen por la ausencia de la vida afectiva que no supo educar la familia al no valorar dignamente a sus hijos.

Se necesita aceptar el texto bíblico "Dios sabe mi nombre: Mira que te tengo grabado en la palma de mi mano" (Isaías 49, 16).

Se presupone que se ha entendido visceralmente lo que es la vocación cristiana. Es la vivencia que en cada uno de nosotros hay un hijo de Dios y una dependencia de Dios, Padre y Señor de cada uno de sus hijos. Junto con la aceptación afectiva y filial de ser hijos de Dios se necesita claridad sobre el seguimiento de Jesús, Único Maestro, en el que tiene fundamento nuestra filiación. Nuestra filiación no es independiente, por nosotros; somos hijos en el Hijo, se necesita también tener amor a la Iglesia, prolongación actual de Jesús. Sólo en ese contexto, como una respuesta al Amor gratuito de Dios, el sacerdocio o la vida religiosa podrán ser vividos con amor y alegría.

3. Los dos caminos clásicos de vocación sacerdotal o de vida consagrada.

Al plantear el problema vocacional, la gran mayoría, actualmente, plantea su vocación como un servicio a los hombres y mujeres que lo rodean y una pequeña minoría coloca su vocación en la búsqueda de Dios. Aunque se trate de explicar que los dos caminos se complementan y se

enriquecen en el interior de cada persona, habrá una difícil solución para ensamblar y unificar dos itinerarios que tienen riquezas y motivaciones que aparecen contradictorias.

Para iluminar este problema de fondo ayudará describir cada camino y así llegar a consecuencias y conclusiones que entreguen una respuesta verdadera.

(a) EL PRIMER CAMINO CLASICO NACE DE UNA EXPERIENCIA DE DIOS.

"Es la vocación religiosa que nace, en primera instancia, de una experiencia espiritual profunda donde Dios se hace sentir como lo absoluto y lo único importante. No se trata de un conocimiento teórico, sino de una vivencia en la cual se experimenta, en primer lugar, la atracción profunda, radical o irresistible por Dios como una totalidad que llena la afectividad en relación con Dios. Se percibe una certidumbre de que Dios es todo y lleva a comprometerse en una vida dedicada a El.

Es una experiencia de paz y alegría que da sentido a la vida religiosa y confiere al llamado la fuerza de asumir alegremente esta existencia. Es una fuente de dinamismo, que acompaña siempre y en todas partes sin estar ligada a ninguna situación o misión determinada.

Es la experiencia llamada "fundacional" o fundamental a la cual, en las horas de dudas, de crisis afectiva o de otro tipo, se recurrirá como a la roca indestructible, a la piedra de fundación. En los momentos de desaliento y de fracaso esta experiencia permanece como un llamado a la reno-

vación del fervor primero, una vez, más y siempre, mientras la negligencia no haya significado su extinción total. Cuando la soledad del corazón se hace sensible, será la experiencia de amar a Dios y de ser amado por Dios lo que mantendrá la paz en lo más profundo del corazón”.

Este caminar no se mide por la eficacia de los trabajos, por éxitos, por el desarrollo de los talentos personales o por la utilización, más o menos racional y productiva, de la inteligencia y cualidades personales.

“Es la experiencia que está en el origen del carisma de los fundadores de las congregaciones e instituciones de la Iglesia. Puede suceder que casi no se note, que la atención se dirija más bien a la institución que ha venido a responder las necesidades del apostolado, a la obra que ha tenido la predilección del fundador. Sin embargo, la realización asumida no es más que una consecuencia de la experiencia fundacional, que es puro don de Dios.”

En este camino todos los trabajos y el compromiso de servir al prójimo, se derivan de esta experiencia propia que no se identifica con ninguna. No se producirá la tensión de tener que abandonar la vida sacerdotal y la consagración a Dios porque se espera encontrar en otra parte más “eficiencia apostólica”. “Esta experiencia explica la actitud de un Pedro Canisio, eminente teólogo de la época tridentina, completamente dispuesto a transformarse en cocinero o portero del colegio. O de un Teilhard de Chardin prosiguiendo su trabajo sin ver aparecer sus escritos. Ello explica como hombres que estaban en

plena actividad apostólica por ejemplo, investigadores o profesores, viendo que se les prohibían las publicaciones o la enseñanza, continuaron gastándose, en plena paz y seguridad, en el silencio del exilio o de un empleo oscuro."

En los tiempos más recientes vienen a la mente el recuerdo del Padre de Lubac y de Monseñor Ancel quienes fueron cuestionados por las autoridades de la Iglesia y siguieron trabajando sin perder la paz.

Esta experiencia de Dios es una experiencia gratuita, un don, que necesita ser cultivado y sostenido por la fidelidad a la vocación recibida del Señor, también como don gratuito. Si consideramos los comienzos de la vida religiosa en la Iglesia, veremos los esfuerzos permanentes para sostener semejante experiencia. La "huída del mundo" de los ermitaños fue una búsqueda de Dios en la soledad. Los cenobitas formaron comunidades cuyos miembros se ayudaban entre sí para vivir la primacía innegable del absoluto divino. La pobreza, bajo el aspecto del despojo y de la desappropriación, creaba las condiciones favorables para tal compromiso". Se practicaba la obediencia al "padre espiritual" con el fin de estar formado para vivir este don de Dios. Era una obediencia "pedagógica" poniendo al novicio no experimentado en la escuela de alguien mayor, familiarizado desde largo tiempo con los caminos que llevan a la intimidad divina, asegurándole permanentemente la posibilidad de verificar la autenticidad de su camino espiritual. Por "vida espiritual" se entiende sobre todo la relación íntima y personal con Dios, expresión de la experien-

cia fundacional. En este contexto es donde se comprende el sentido y la importancia de la castidad". Algo diferente a una experiencia puramente ascética, o a un rechazo que elimina toda expresión de nuestra afectividad si no está en relación con Dios. No se ignoran los combates o se dispensa el cuidado del corazón y el control de los sentimientos y todo se explica y crece por esta experiencia fundacional. Hay que hablar de prioridad existencial de la presencia de Dios en relación con todos los esfuerzos ascéticos que se puedan realizar. Es Dios que invade y le da sentido a toda la vida y es El quien inunda el corazón de quien entró por este camino. Es El quien da fuerza para vivir el Evangelio de Jesucristo, para llevarlo a la vida de cada hombre y de todos los hombres, con las consecuencias que significa la Encarnación del Señor.

La experiencia fundacional es una gracia. Es la experiencia del valor total y exclusivo de lo divino en nuestra vida. Es traducida por Santa Teresa en estos versos admirables en su sencillez:

Que nada te turbe,

nada te espante;

Todo pasa,

Dios no cambia.

La paciencia

todo lo alcanza.

Quien a Dios tiene

Nada le falta,

Sólo Dios basta.

(b) EL SEGUNDO CAMINO CLASICO NACE DEL AMOR Y SERVICIO A LOS HOMBRES

En este segundo camino, la pastoral se presenta como la fuente fundamental; el elemento decisivo primordial de una vida sacerdotal o religiosa. El compromiso nace porque se quiere ejercer en la Iglesia un ministerio determinado, cumplir una tarea concreta: enseñanza, educación de la juventud, inserción y servicio a los pobres, funciones parroquiales, etc.

“Lo esencial en este modelo es la acción pastoral. En él la vida religiosa y las exigencias del celibato son considerados como estructuras de apoyo para ayudar al cumplimiento de la misión recibida. La vida comunitaria contribuirá también, a mantener la llama del entusiasmo en el servicio. Ella libera de numerosas preocupaciones que entrabrarían un compromiso más total. El apoyo afectivo encontrado entre los hermanos o hermanas en religión, concurrirá al equilibrio emocional en beneficio de la eficacia apostólica. En este modelo de vida religiosa, los votos están acentuados en la perspectiva de la misión. Abnegación, generosidad, actividad, disponibilidad para el trabajo, son las virtudes puestas en primer plano. El perfeccionamiento de las cualidades humanas, la valoración de los talentos, la elección de los medios en función de un mayor rendimiento, son componentes importantes del modelo.”

“La virginidad consagrada es entendida también en esta perspectiva de servicio, se justifica como favorable para una mayor disponibilidad considerando cambios de situa-

ciones y de actividades. Se considera que el matrimonio y la familia ponen trabas a un compromiso apostólico más radical y completo. Se toma en serio la fórmula clásica "El matrimonio es la tumba de los revolucionarios" en el sentido que el celibato da más libertad para la construcción del Reino de Dios."

En este esquema la concepción de las estructuras de la vida religiosa está dominada por la preocupación de salvaguardar la opción por la pastoral y garantizar la perseverancia y eficacia de esta acción. La vida pastoral se presenta como una estructura apostólica y todo parece estar pensado en relación con los mecanismos que se necesitan para mantener bien llevada una acción pastoral.

"Esta preocupación deja cada vez menos lugar, por ejemplo, para la vocación de un hermano lego analfabeto. Se buscan hermanos debidamente calificados, capaces de un buen rendimiento en la acción apostólica. Para trabajos no especializados se contratarán asalariados. Ocupar a un religioso en tareas desprovistas de utilidad inmediata no tiene sentido, y de hecho las vocaciones de este tipo se hacen cada vez más escasas en los tiempos que se viven. El sentido de la eficacia y la utilidad se ve transformado en un valor cada vez más magnificado en una sociedad fuertemente marcada por estos valores."

La experiencia indica en forma permanente que cuando hay falsas identificaciones, tarde o temprano se produce una crisis difícil de superar. Quien no ha encontrado su verdadera identidad y escoge una vocación no plenamente asumida, termina generalmente en un gran fracaso, en un quiebre interior muy grande.

En un sacerdocio o en una vida religiosa basados únicamente en razones pastorales sucede, desgraciadamente, que se suele cumplir este pronóstico y basta constatar el gran número de crisis personales e institucionales de quienes se han identificado equivocadamente con sus obras.

¿Qué sucede? ¿Cuál es la trayectoria de este proceso?

Cuando una joven o un joven se siente llamado a dedicar su vida al servicio del prójimo, busca la estructura, ya sea congregación o seminario, que le dé mejores garantías para vivir su entrega al servicio de sus hermanos.

Después de algún tiempo, inevitablemente, descubrirá las limitaciones de la congregación o del seminario, y sufrirá, con mayor o menor grado, que había escogido un camino que no coincide plenamente con el ideal soñado.

En otros casos, puede producirse la desilusión en los últimos años de formación. en los primeros años de sacerdocio, o en la edad madura. Las frustraciones serán mayores con el correr del tiempo y mientras más tarde suceda esta constatación de las limitaciones del ideal buscado, la gravedad de la crisis será mayor.

Así se entienden los abandonos de la misión sacerdotal o de la vida religiosa en la edad madura. Suelen aparecer razones afectivas o de obediencia a la Iglesia en la que se vive, pero más allá de estas razones, casi siempre, se ha producido un quiebre de confianza en lo que se está haciendo y a lo cual se había entregado la vida.

“Puede suceder que algunas coyunturas o circunstancias sostengan una vida pastoral sin mayores problemas, Es lo que sucede cuando la actividad apostólica corresponde a las necesidades psicológicas, espirituales y humanas de las personas. La acción es sentida como una realización afectiva. En un clima de serenidad afectiva las interrogantes y los problemas no surgen fácilmente. Y se va caminando con paz hacia adelante. Este servicio o prestación pastoral produce la sensación de una ayuda aportada realmente en una situación de necesidad. También la experiencia de la eficacia alimenta y sostiene el interés por seguir trabajando. En el plano afectivo, la eficacia viene a compensar la falta de otras experiencias, sobre todo en la que se refiere al celibato. Esta satisfacción encontrada en la pastoral activa/eficiente es conocida como un buen camino de integración de la afectividad. Se trata de una especie de sublimación de los brotes de afectividad por medio de la acción y así la vida religiosa se desenvuelve sin crisis, hasta cuando las obras mantengan o parezcan mantener su significado pastoral. Es por eso que tantos sienten muchas veces, de manera casi inconsciente, una especie de miedo ante las críticas, ante los ensayos de cambio, o la perspecti-

va de supresión de estas obras en las cuales han colocado sus vidas. Quizás no lo capten claramente: la vocación a la vida religiosa conlleva efectivamente como soporte las obras con su eficiencia y sus consecuencias pastorales. Tocar este tema es herir en el corazón la vocación de quienes se han identificado con sus obras en forma abnegada y han puesto mucho amor en su realización."

Es normal que se produzca una crisis interior profunda cuando la pastoral elegida entra en conflicto con la realidad, y esta situación es de vital actualidad hoy día en que la pastoral, necesariamente, deberá sufrir grandes modificaciones por los cambios que han invadido nuestro tiempo y transformado las culturas, los estilos de vida y toda la configuración mundial en que vivimos.

La pastoral tendrá que ser revisada en la forma y en el fondo. Los cambios culturales, los medios de comunicación, el avance técnico, el cambio de mentalidad del joven contemporáneo, plantean la necesidad de otra pastoral.

Aquel que escogió un camino pastoral descubre que las reglas del juego se han modificado de tal manera que su opción primera no es compatible con lo que debe afrontar.

"También puede suceder que llegue el momento en que se descubra que el esfuerzo apostólico podría ser más objetivo fuera del marco de la vida religiosa. La experiencia lo ha mostrado; algunos cristianos casados logran un compromiso y una inserción pastoral más radical que los consagrados a la pastoral. Y esto sucede, justamente, gra-

cias a la ayuda efectiva que los esposos se aportan mutuamente. ¿Cuántos laicos no llevan la misión educativa, aún en el dominio de la formación religiosa, tan bien o mejor que los religiosos? En el simple plano del servicio apostólico, ¿cómo percibir una diferencia entre unos y otros? Entonces, la hermana, el sacerdote pueden preguntarse ¿por qué permanecer en la vida religiosa si puedo hacer lo mismo, o aún más, dejando el ministerio y pensando seriamente en un matrimonio? El enriquecimiento material y el aburguesamiento que, bajo mil pretextos de mejor servicio, han ganado tantas estructuras de la vida religiosa ha, finalmente, engendrado el sentimiento de un encierro más que una ayuda para el servicio de la pastoral. Las personas que han contraído un compromiso pastoral no ven ya por qué permanecer en ella y se sentirán más auténticamente apóstoles en el estado de laicos casados."

"Es interesante constatar algunas situaciones asombrosas: Ciertos antiguos religiosos realizan ahora, en las organizaciones que pertenecen al instituto del que se han apartado, un trabajo de carácter más inmediatamente apostólico y eficaz que las tareas de las que se ocupaban antiguamente y que ocupan hoy muchos de sus hermanos de ayer más absorbidos, sin proyección pastoral, en servicios de orden administrativo o económico. Se producen contrastes chocantes: laicos encargados de la formación religiosa de los alumnos y religiosas destinadas a la administración de un establecimiento en una explotación agrícola. Será una presión fuerte que seguramente inquieta a los religiosos idealistas en su perseverancia cuando han entrado a la

vida religiosa buscando especialmente la acción pastoral, por sobre la búsqueda del Absoluto de Dios."

El término normal de esta crisis, en muchos casos, es el abandono de la vida religiosa. Aquellos a quienes cierto tipo de experiencia y de reflexión conduce a darse cuenta que podrán, fuera de la vida religiosa, cumplir un servicio apostólico equivalente más amplio, se encuentran poco motivados y resuelven retirarse. Piensan que renunciar al matrimonio es pagar un precio demasiado caro para cumplir un trabajo que, desde el punto de vista de la eficacia pastoral, será de igual o de mejor calidad. Y así, en esta perspectiva de las cosas, la vida religiosa no parece justificarse.

"Esta crisis ha traído muchas consecuencias y quienes se habían estructurado en la perspectiva correspondiente al segundo modelo han sido golpeados por un agotamiento rápido e inevitable. Se experimenta el sentimiento que se mantendrán aquellos que, por razones psicológicas o por otro motivo, no han querido correr el riesgo del cambio y mantienen el ritmo rutinario en que estaban instalados, actuando más la ley de la inercia que el impulso apostólico, y también aquellos para los cuales la razón de ser de la vida religiosa se situaba más allá de la mediación de las actividades pastorales."

El conflicto surge inevitablemente entre las estructuras apostólicas, a veces pesadas y rígidas, y la creatividad natural y normal de las jóvenes generaciones. Cuando el fundamento último de la vida religiosa ha sido situado en el apos-

tolado, el peso de estas estructuras envejecidas termina por causar crisis y luego la partida, a veces masiva, de los religiosos y religiosas más jóvenes. No se les podrá retener con invitaciones a ser pacientes. Inútil será invocar ante ellos autoridades que repiten el elogio de las obras tradicionales o predican la confianza que hay que mantener en las instituciones sin detenerse en los resultados tangibles. Semejante tipo de argumentación viene a reforzar el modelo de una vida religiosa concebida exclusivamente en función de la eficacia y con ello revela su carácter profundamente vulnerable.

Algunos perseverarán aun cuando ya no crean en la eficacia apostólica que fue la razón última y decisión de su entrada. Su perseverancia probablemente será bajo la influencia y la censura de un super-yo, bajo la presión de los condicionamientos socio-culturales. Retirarse significaría, para ellos, una desambientación total. En este esquema, sucede con frecuencia que como la virginidad consagrada ha perdido el apoyo del impulso pastoral, tiene que buscar su defensa en la ascesis, en el espíritu de sacrificio y se llega a una ascesis más cercana a la disciplina que al amor.

“Otros adoptan una solución personal, una especie de conformismo escéptico ya que es demasiado tarde para partir, continúan viviendo, o vegetando, con una especie de fatalismo. Al mismo tiempo experimentan una angustia secreta al constatar el fracaso de una vocación que tuvo un día todo su sentido, y ahora se ha perdido. Pero también se da el caso de quien permanece porque la institución religiosa le asegura una existencia confortable, burguesa y

mediocre. La comunidad continúa constituyéndose como una "pensión para solteros" que ya no tienen fe en el tipo de vida que llevan o, en casos menos trágicos, toman su partido por una eficacia pastoral frágil, sabiendo que en otra parte podrían hacer mucho más; pero ya no tienen la energía para iniciar algo nuevo y correr los riesgos de un cambio hacia lo desconocido."

B.— EL CAMINO QUE MUESTRA JESUS.

1. Jesús se encarnó por obra del Espíritu Santo, en el seno de la Virgen María. Meditando en su persona y en sus actitudes, se ve claramente que toda la misión del Señor está guiada por el Amor al Padre.

“He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Hebreos, 10, 7).

Y la gloria del Padre es su gran preocupación. Para El realizar el querer del Padre es lo más importante y decisivo.

La voluntad del Padre es la motivación que orienta toda su vida pastoral. El amor a su Padre se muestra en El por sobre cualquier otra opción. (Jn. 5,30).

“Yo he venido en nombre de mi Padre” (Jn. 5, 43) y toda su vida se entiende en esta actitud de quien no viene a hacer nada por su cuenta porque su tarea es hacer el querer del Padre. Jesús se autodefine en el Evangelio como “el enviado del Padre” (Jn. 5, 36) y esto parece ser su mejor título y mejor definición.

Ayudará mucho meditar en el cap. 17 de San Juan, en el Padre Nuestro y en tantas ocasiones que los Evangelios muestran con gran claridad, esta opción por realizar la Voluntad de su Padre.

2. Se trata de un amor correspondido porque “El Padre ama al Hijo y le ha dado poder sobre todas las cosas” (Jn. 3, 35). “Le ha dado a su Hijo todo poder de juzgar para que todos den al Hijo la misma honra que dan al Padre”. (Jn. 5, 24).

Es muy elocuente leer en el bautismo de Jesús "este es mi hijo muy amado a quien he elegido (Mt. 3, 17) y en la Transfiguración (Mt. 17, 1-10) el Padre pide "escuchar a su Hijo". Siempre el Padre está presente en los momentos más decisivos de Jesús. Es un amor correspondido del Padre por su Hijo y viceversa.

3. Jesús ama a los pecadores y a los pobres; pero todo deriva de su amor al Padre. El muere en la cruz, pasa por la pasión y la Resurrección para hacer la voluntad del Padre. El mayor sufrimiento en la agonía, en Getsemaní, es el silencio y la ausencia del Padre quien es la razón de ser de su misión en la tierra.

"En tus manos encomiendo mi espíritu", pronunciado en la Cruz; es la expresión final de quien escogió este amor en forma total. "Sólo Dios basta" se podría traducir en Jesús: "Sólo basta la gloria del Padre".

De allí nace su sacerdocio encarnado entre los hombres, de ahí nace su maravillosa bondad; esta opción ilumina profundamente toda su vida.

Jesús es el gran Evangelizador, el Pastor que anuncia la Buena Noticia de la Evangelización, y toda la fuerza de su mensaje está en el deseo de glorificar al Padre.

Meditando en Jesús, el único y perfecto sacerdote, será posible entender mejor aún la experiencia de Dios, la gran opción fundacional que le da pleno sentido a la evangelización, a la vocación sacerdotal y a toda consagración en la vida religiosa.

“Como el Padre me envió, así Yo os envío a vosotros” (Jn. 20, 21) dice Jesús ; en esa perspectiva se clarifican nuestros caminos y opciones pastorales.

4. En este camino que muestra Jesús tiene una importancia fundamental la persona del Espíritu Santo. Jesús no dejará huérfanos ; mandará al Defensor para estar siempre con la Iglesia (Jn. 14, 15).

Será el Espíritu de la Verdad quien enseñará todo. Jesús siempre se muestra “guiado por el Espíritu” y dice “El Espíritu está sobre mí”. “El me ha consagrado para clamar la buena noticia a los pobres, me ha enviado para anunciar la libertad a los presos, a darle vista a los ciegos y poner en libertad a los oprimidos”. (Lc. 4, 18).

Jesús es ungido por el Espíritu y todo su camino hacia el Padre y a la evangelización tiene el sello de esta unción que determina su vida.

5. Ayudará mucho a todos los consagrados y de un modo especial a las religiosas, meditar cómo la Virgen María sigue el camino de Jesús.

Para Ella la Voluntad del Padre expresada en la Encarnación, “Hágase en mí tu Palabra”, aparece como la razón final de su vida y de su libre decisión de ser la Madre de Jesús.

En María es fácil percibir cómo para Ella “Sólo Dios basta” y desde esa línea aparece la Servidora del Señor, la mujer que humildemente va a cuidar a Isabel que espera

a su hijo Juan el Bautista.

María es servidora de la humanidad, es Madre de la Iglesia y sigue siempre el camino de Jesús. Ella es solidaria con su Hijo hasta la muerte en la cruz y su amor de madre está centrado en el amor a Dios. Desde la Encarnación hasta hoy en María hay un modelo y un espejo que debe iluminar y clarificar toda vida cristiana, especialmente la vida sacerdotal o religiosa.

6. La Iglesia también está marcada por el mismo camino porque en Ella se extiende y se comunica Jesús a través del tiempo y en las diversas épocas de la historia. La Iglesia prolonga a Jesús, el Buen Samaritano, el Peregrino de Emaús; su misión es presentar el rostro del Señor con transparencia y verdad.

La Iglesia, compuesta de seres humanos, siempre deberá tener especial cuidado de no perder su eje y su centro porque si la Iglesia se descentra de sus raíces se transformaría en una institución, tal vez interesante y benéfica; pero dejaría de ser la Iglesia que pensó Jesús.

Frente al temporal de los cambios y al entrar en una nueva época histórica de la humanidad las ideas de que "sólo Dios basta" y que Jesús es "El camino", necesitan estar siendo permanentemente recordadas para que mantengan plena vigencia y logren dar energía a toda la actividad de los cristianos.

La Iglesia, como Jesús, es sal, levadura y luz del mundo. Sólo puede serlo al mantener estas tres cualidades con alegría y verdad.

7. Al meditar en el camino que sigue Jesús se encuentra la única respuesta verdadera a las motivaciones para una vida consagrada, ya sea en el sacerdocio o en una congregación de religiosos o religiosas.

Jesús no fue un sociólogo, no vivió dominado por ideologías o argumentos por interesantes y valiosos que fueran. Jesús muestra una orientación muy definida y desde su persona y mentalidad se podrá entender porque alguien llega al sacerdocio o a la vida religiosa.

El sacerdocio se explica en Jesús y sin El no hay explicación posible. Mientras más se profundice en su persona y se llegue a una más profunda relación vital con El, mejor se entenderán las razones que llevan a una consagración definitiva al servicio de la humanidad. El es el gran Servidor y todo nace de su amor al Padre bajo la acción del Espíritu Santo.

Este camino de Jesús es el eje central de estas reflexiones que servirán para entender mejor la vocación de un hombre que se hace religioso dedicado a la enseñanza, de una religiosa entregada a cuidar enfermos, de un sacerdote diocesano o de congregación.

Esta tarea, sólo está enunciada en estas páginas, y merece mayor meditación en la oración, en el silencio de la contemplación. Así será posible vislumbrar lo que significa este camino que Jesús muestra con su ejemplo y con sus palabras.

C.— ¿QUE ES POSIBLE HACER?

1. El problema no está en saber cuál es la primera experiencia que llevó a la vocación sacerdotal o a una vida religiosa. Si fue la experiencia fundacional, se encontrará una garantía de autenticidad en la vida religiosa, bien cultivada. Si fue una motivación de carácter pastoral, habrá que preguntarse si permanecemos en ella y cómo evolucionar hacia una experiencia fundacional. De otro modo, las garantías de perseverancia y de fidelidad serán débiles y frágiles.

Todos debemos cultivar la experiencia fundacional, sea que ella se haya manifestado desde el comienzo, sea que haya aparecido en el camino de la vida religiosa. El compromiso de servicio al prójimo, la lucha por la justicia y la verdad, el entusiasmo apostólico, deben constituir mediaciones válidas para descubrir la dimensión "fundacional" del "Sólo Dios basta". Se trata de un esfuerzo esencial, sobre todo en el período de formación previa a los pasos definitivos.

Si durante este período no se mantiene la experiencia fundacional o no se guía al joven seminarista o religioso para que la descubra en las mediaciones que lo trajeron en un comienzo, será preparar, ciertamente, sin deseárselo, quiebres y deserciones.

Para el sacerdote diocesano y para todo instituto especialmente orientado hacia servidores pastorales, importa mantener en sus reflexiones la referencia a esta experiencia y obtener de ella luz, fuerza y entusiasmo para sus

actividades. En eso consistirá el regreso verdadero a la fuente primera de su vida y a su carisma. Sin esta revitalización, todo tipo de relación carecerá de profundidad y será algo poco serio.

“ En resumen: no hay dos modelos de vida religiosa. Hay uno solo: el de Jesús, que se enraiza en la experiencia fundacional. Pero hay dos maneras de llegar a ésta: de una sola vez, o bien uno se acerca a ella lentamente a partir de las motivaciones de la pastoral. No habrá que tomar las mediaciones pastorales como el constituyente último de la vida religiosa, sino como caminos hacia la experiencia fundacional.”

Dado que vivimos en un mundo secularizado en el que se aprecian ante todo las actividades, las eficiencias, el trabajo, es normal que las vocaciones se manifiesten a partir del interés por la acción. Sería funesto quedarse en esta motivación. La formación deberá llevar al núcleo de la vida religiosa; a la disponibilidad radical con respecto a Dios en una entrega de sí mismo que compromete profundamente la afectividad. Los Ejercicios Espirituales, ya sea de San Ignacio o de otro sistema serio, ofrecen una ayuda preciosa para descubrir semejante experiencia espiritual profunda que se alimentará con la oración practicada asiduamente. Los medios tradicionales no están superados o sobrepasados y se revelan como necesarios, sobre todo para jóvenes cuya infancia haya sido menos marcada por el elemento religioso.

El solo hecho de la experiencia fundacional no es una garantía absoluta de perseverancia. Se necesita ex-

perimentar y verificar su autenticidad. En lenguaje de espiritualidad, se requiere someterla a un discernimiento.

Como toda experiencia humana, conlleva ciertos componentes ambiguos y debilidades psicológicas. Solamente con trabajo, con un cuidado por mantenerla, y en un proceso de purificación, se profundizará y esta experiencia fundacional adquirirá gran consistencia. Sin ninguna duda, la opción en favor de los pobres aparece, hoy día, como una mediación privilegiada para tal profundización.

"Sólo Dios basta": allí yace la raíz. "Las ramas podrán ser múltiples; serán vivas en la medida en que participen de la savia que sube desde la raíz. Si ésta no se desarrolla produciendo ramas y frutos está expuesta a morir. La riqueza de la vida religiosa consiste precisamente en mantener claramente la experiencia fundacional y en desplegar, a partir de ella, las diferentes formas de servicio a los hermanos. Es un esfuerzo paciente y sereno que se hará explícito en la reflexión, el estudio y la oración."

Este deseo de servicio a los hombres necesita proyectarse de manera comprometida con los grandes problemas que tienen los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Deberá ser un compromiso sincero con cada uno de nuestros hermanos y con toda la humanidad. Si no hubiese este espíritu que lleva a dar la vida por nuestros semejantes se estaría viviendo una falsa espiritualidad que no es la de Jesús, el Verbo Divino Encarnado, que asumió todo lo humano, con excepción del pecado.

2. Se trata de una Gracia de Dios, ya que El sólo puede entregar esta experiencia, que nunca será el resultado de tácticas humanas o de sistemas pedagógicos bien diseñados. Hay una acción de la gracia de Dios y El la da a quien quiere.

Habrá que pedir esta Gracia como un regalo de Dios y sólo en un clima de humildad y oración será posible obtener este don de Dios integrado gratuitamente por el Señor.

Ayudará mucho un contexto cultural en el cual Dios sea el valor supremo de la vida.

Si la cultura está impregnada del sentido de Dios, se creará un ambiente favorable a esta experiencia, y Dios como valor absoluto, será más fácilmente aceptado y vivido por quien busca este camino.

Se requiere que la experiencia religiosa se desarrolle en una relación sana con los padres. Dicho de otro modo, que el niño crezca rodeado de afecto, de manera que por el resto de su existencia no tenga que sufrir de una carencia difícil de remediar. La falta de afecto, con la angustia que la acompaña, puede transformarse en un obstáculo psicológico que atasca una experiencia mística. Para sentir por experiencia que "sólo Dios basta", es necesario que nuestra libertad no esté bloqueada por la inseguridad afectiva, sino sólidamente apoyada en experiencias de tranquilidad afectiva. La persona cuya infancia ha conocido bastante amor podrá más fácilmente entregarse a Dios de manera radical sin tener esencialmente necesidad de otra fuente para sostener su afectividad.

Naturalmente, esta experiencia mística no excluye la afectividad humana en el sentido de don de sí mismo o de la acogida. Pero ella permite al sujeto darse cuenta que en último análisis, en última instancia, en lo más profundo de sí mismo, reina una "suficiencia de Dios", donde se originan los movimientos de su afectividad hacia los demás y que se refuerza con los afectos de los cuales él es el objeto. Este sentimiento de que Dios basta no se constituye sino sobre una psicología afectivamente "satisfecha" por experiencias anteriores de un amor apacible, seguro, sobre todo por aquellas experiencias que se han tenido en la niñez. Este sentimiento no es un sustituto para compensar frustraciones experimentadas durante la niñez.

"A esta experiencia mística no se aplica la palabra sarcástica del pensador francés: "Pretenden amar a Dios porque son incapaces de amar a los hombres". Muy por el contrario, los beneficiarios de esta experiencia aman a Dios porque han sido educados en un clima de amor recíproco. También se puede presentar el caso en que se perciben las carencias que, conscientemente confrontadas con la experiencia de Dios y reveladas con toda evidencia en las diferentes mediaciones humanas, pueden ser superadas o, al menos, asumidas en un grado suficientemente tolerable".

No significa que estén cerradas las puertas a quienes han tenido una infancia carente de afecto, por la historia familiar trágica y traumatizante. Las heridas de infan-

cia y de adolescencia, los complejos del pasado se superan cuando hay transparencia, buenos apoyos en la fuerza de Dios y en las personas que están capacitadas para ayudar a sanar las heridas que deja un pasado traumatizante. Existe la familia carnal, los padres y los hermanos y también la gran familia de la Iglesia y de las comunidades cristianas. En estas comunidades será posible encontrar ese afecto.

Estas reflexiones siempre tendrán un grado importante de relatividad y la Gracia de Dios es poderosa como para irrumpir en un corazón en cualquier momento de la vida y de manera tan absoluta que transforme toda su afectividad.

Es necesario recordar que nuestra afectividad siempre está en evolución; en algunos niveles se pueden abordar las carencias experimentadas y sobrepasarlas. Una de las tareas más importantes que se debe realizar en la formación de los jóvenes religiosos es la educación de la afectividad. Pero este trabajo supone, además de la experiencia fundacional, condiciones psicológicas que pueden estar en la persona o que puedan ser motivadas por una buena reorientación de la vida afectiva.

D.— EL CELIBATO POR AMOR Y COMO RESULTADO DE LA EXPERIENCIA DE DIOS:

1. DONDE ESTA TU TESORO, ALLI ESTA TU CORAZON.

El problema de las opciones fundamentales y de una experiencia real de Dios se realizará siempre en el plano más profundo del ser humano, en el secreto de su corazón. Por esta razón Jesús nos dice que "donde está tu tesoro, allí está tu corazón" (Mt. 6, 21).

Si el corazón no ha entrado por esta experiencia vital de Dios, puede darse en el caso del sacerdote o religiosa que recibe el sacramento del orden o hace los votos perpetuos; después se llega a la triste realidad de que no hubo compromiso real y definitivo con el Señor y la palabra empeñada. Es una explicación posible de lo que sucede a quienes dejan el sacerdocio o la vida religiosa después de espacios de tiempo relativamente cortos. Parecían haber asimilado el compromiso adquirido; pero la verdad era que el corazón no había sido invadido por la experiencia vital de Dios.

No es tan escaso el número de quienes no optaron radicalmente por Jesús y su Evangelio. La palabra que dieron de comprometerse para siempre parece haber sido una palabra dada en el subconsciente, sólo por un espacio de tiempo; pero no la palabra incondicional y definitiva para toda la vida.

Necesariamente se llega al tema de la afectividad y del celibato. Unificar la vida afectiva con la vida de la gracia parece ser el problema más delicado de una consagración a Dios. El celibato no constituye la vocación al sacerdocio; pero, es un elemento determinante para la Iglesia Occidental en la cual vivimos. Si el celibato fuera optativo, como lo es en la Iglesia de Oriente, el enfoque podría modificarse; pero en nuestra Iglesia Occidental en la cual se pide al sacerdote vivir en castidad consagrada esta realidad, es de tal fuerza que no puede ser soslayada.

Tal vez el mayor escollo de las vocaciones al sacerdocio en los seminarios y en los noviciados se encuentra en un celibato no logrado, ya sea porque no existe este carisma para vivir "el don del celibato" o porque no hubo una respuesta fiel al don que existía; y no fue cultivado como debía haberlo sido.

Se presentarán algunas ideas para ayudar a entender cómo el celibato tiene su raíz en la experiencia fundacional por Dios, o sencillamente es un árbol sin raíces que terminará muriendo por falta de condiciones para ser llevado en verdad y amor.

Algo previo: el celibato consagrado no puede ser una represión sexual o afectiva, no es ausencia de mujer; pero sí es presencia de Dios. Quien lo asume como algo negativo llega necesariamente a una mutilación de su personalidad, a una castración psicológica, lo cual no es el querer de Dios. El riesgo está en que Jesús coloca la mitad que hace falta al hombre para ser completo con la mujer y vi-

ceversa, o se produce una tragedia en una vida frustrada que no se completó en el matrimonio. Habrá un solterón o una solterona; pero no una persona que vive en paz su vocación. Jesús al referirse al celibato afirma que "es imposible para los hombres; pero que era posible para Dios" (Mc. 10, 27). Este texto bíblico significa que El colocará la otra mitad, haciendo posible vivir en plenitud lo que parecía humanamente imposible.

2. EL AMOR Y LOS GRADOS EN EL AMOR:

Un celibato no centrado en el amor a Dios lleva, casi con seguridad, al adulterio del corazón y a las compensaciones. Al no haber amor, se generan mecanismos para esconder la soledad de un corazón vacío que no vive en el amor.

En el amor hay grados y diversidades: Existe un amor disfrazado de egoísmo. Se puede resumir en la frase que suele escucharse en algunas familias: "todo lo sacrificué por mi hijo y qué mal me ha pagado. Ahora ya no se acuerda de nosotros". Es el amor utilitario y posesivo, en el fondo, una mala caricatura del amor.

Existe un amor de amistad. Es un amor verdadero que entrega alegría, comunicación y esperanza. Es el servicio abnegado, es la ayuda incondicional al amigo, es el cuidado de los otros dando lo que tiene. Dios nos ama con amor de amistad cuidando de nuestras necesidades y enviando a su Hijo para morir en la cruz.

Existe un amor gratuito y Dios ama con este amor cuando nos hace participar de su Gracia, habita en nuestros corazones y llega a que seamos hijos de Dios, templos del Espíritu Santo.

El amor gratuito se realiza cuando la persona deja de buscar su propio bien. Es el amor de Dios amado por sobre todo y por El mismo. Se trata de un amor que va creciendo con los años, se va purificando. Es la expresión bíblica "mi alma tiene sed de Dios, ¿cuándo iré a contemplarlo?" (Salmo 62). Es el amor que hace escribir a Santa Teresa:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, múeveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
múeveme ver tu cuerpo tan herido,
múevenme tus afrentas y tu muerte.

Es un amor exclusivo por Dios que inspira y anima toda la vida.

Ayuda mucho saber que el amor de amistad se puede transformar en amor gratuito, y que, en el transcurso de los años, es posible llegar a "vivir por amor", sin otros agregados.

Es el camino de quien se ha consagrado a Dios y que necesita llegar a este amor en plenitud. Sólo podrán enten-

derlo quienes han vislumbrado este camino como una posibilidad real y no como una fantasía o un sueño imaginario.

3. EL DON DE SI MISMO:

El amor de castidad es una realidad interna que no se puede calibrar fácilmente, porque los cristianos sólo suelen percibir la renuncia al matrimonio y a la familia; pero se les hace difícil captar esta otra perspectiva.

El don de sí mismo es mucho más que dar tiempo o entregar bienes materiales. Es la entrega de la persona misma que se da y se pierde en esta donación de amor. Implica "perder la vida" y así descubrir esta dimensión mayor que entrega mucho más de lo que se da. Sin don de sí mismo la vida es sólo un intercambio; pero no llega a la donación total, a imagen de Cristo que "me amó y se entregó por mí" como recuerda San Pablo.

El celibato presupone vivir sin el don de sí, en una donación radical a Dios y, partiendo de El, se llega a las personas de un modo diferente. Es una donación que lleva a la plenitud porque, como escribía Pío XII "no sólo el matrimonio es capaz de dar a la personalidad humana su natural desarrollo y su debida perfección" (Encíclica sobre la Virginitad).

El sacerdote o el religioso vivirán en plenitud siempre que el don de sí mismo por Dios haya sido una opción radical y definitiva, sin compensaciones y acomodados.

Es el servicio en el amor gratuito, en olvido de sí mismo, en una permanente entrega de servicio a todos los hermanos.

Con humildad y ternura.

El sacerdote y el religioso o religiosa son consagrados en Cristo y, por El, pero deben ser personas profundamente humanas. Podrán amar de verdad a quienes Dios puso en el camino; pero cuidando de no adueñarse de nadie, en ese amor posesivo que hace mal y mata el verdadero amor.

Entonces aparecerá la espontaneidad del amor, la amistad sincera y la respuesta también sincera de quienes han visto a un hombre o a una mujer humanamente enamorados de Dios y que, por El, aman con verdad, con ternura y con bondad.

La castidad debe ser humanizadora y el don de sí mismo, bien entendido, lleva a amar con ternura. Es ese amor que proviene de haber buscado el rostro de Dios.

El celibato humanizado positivo, por amor, será un testimonio muy valioso que ayudará a crecer a muchos.

Que la Virgen María nos acompañe en este caminar,

† CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

INDICE

Motivaciones Subyacentes	7
A.— Tensiones en la vocación sacerdotal o religiosa	
1. Algunas dudas vocacionales	11
2. Más allá de las dudas	14
3. Los dos caminos clásicos de vocación sacerdotal o de vida consagrada	15
(a) El primer camino clásico nace de una experiencia de Dios	16
(b) El segundo camino clásico nace del amor y servicio a los hombres	20
B.— El camino que muestra Jesús	29
C.— ¿Qué es posible hacer?	34
D.— El celibato por amor y como resultado de la experiencia de Dios	40
1. Donde está tu tesoro, allí está tu corazón	40
2. El amor y los grados en el amor	42
3. El don de sí mismo	44

MARANA - THA LTDA.
1 Norte 549 - Talca